

MIKEL HERRÁN
@PutoMikel

SODOMITAS, VAGAS Y MALEANTES

Historia de la España
desviada de Atapuerca a Chueca



Mikel Herrán

Sodomitas, vagas y maleantes

*Historia de la España desviada
de Atapuerca a Chueca*



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mikel Herrán, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © Peter Schickert / Alamy / ACI, © Prisma / Album, © The History Collection / Alamy / ACI, © Artefact / Alamy / ACI, © Science Source / Wellcome Images / Album, © Brangulí / ANC

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Vero Navarro

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.697-2025

ISBN: 978-84-08-30440-1

Impreso en España

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. ¿No puede haber un maricón en Atapuerca?	15
2. Cuerpos mundanos y divinos	35
3. Encajar con clase en la Edad del Bronce	43
4. Las palabras de otros	59
5. <i>Hispania aversa</i>	90
6. Cristo, ten piedad	116
7. ¡Que vienen les sueques!	134
8. Al-Ándalus: entre el homoerotismo y el pecado	149
9. Sodomas y mazmorras	165
10. La «Reconquista» sexual	182
11. El crimen indecible	194
12. La colonización sexual de América	217
13. Faranduleo en el Siglo de Oro	233
14. Ser, travestir y hacer el género	244
15. La otra revolución sexual	259
16. Desviarse entre las luces	271
17. Nace la sexualidad	285
18. La buena y la mala vida en la Edad de Plata	304
19. Vagas y maleantes	323
20. <i>Lost in</i> Transición	337

<i>Conclusiones</i>	355
<i>Agradecimientos</i>	361
<i>Bibliografía</i>	363

¿No puede haber un maricón en Atapuerca?

Para muchos, la historia de España empieza en la prehistoria más remota. Anda que no hay libros de texto que empiezan la historia de España en Atapuerca, ¡por mucho que el *Homo antecessor* de la Gran Dolina no supiera lo que sería España o siquiera qué es una nación! Así que no voy a ser menos, y si vamos a hablar de la historia de «España» y de cómo se ha contado, lo mejor es empezar por donde se empieza siempre. ¿Por qué no voy a hablar del maricón de la Gran Dolina? Él también se merece sentirse parte de esta nuestra historia.

Entonces, ¿un maricón en Atapuerca? ¿O tal vez pintando las cuevas en Altamira? Por supuesto, puedo ser acusado de anacronismo por aplicar el término *maricón*, pero lo digo para que nos entendamos (y para hacer referencia a *Paquita Salas*). Por decirlo con términos más sencillos: ¿podemos imaginar a uno de nuestros antepasados en el árbol evolutivo teniendo relaciones sexuales con alguien de su mismo sexo? La pregunta, de nuevo, no es baladí. Por supuesto, es imposible saber qué le hacía tilín a AT6-19, un individuo adulto de *Homo antecessor* recuperado en la Gran Dolina de Atapuerca, del que apenas se conserva un fragmento de cráneo. Leer el deseo sexual en el registro arqueológico sin ningún tipo de fuente escrita es difícil (pero no imposible, como veremos en este libro). Y cuando hablamos de la prehistoria más remota, las trazas que tenemos para entender la vida y los comportamientos de estos antepasados son escasas. Pequeñas y casi inaudibles pistas en medio de un enorme silencio.

El problema es que no nos gusta el silencio y tendemos a rellenarlo con nuestras propias suposiciones, aun sin darnos cuenta. Ese silencio de las fuentes grita, pero no sobre el pasado, sino sobre nosotros mismos, como el eco en una cueva nos repite lo que proyectamos. Si te pido que cierres los ojos (figuradamente, que, si no, no puedes seguir leyendo) e imagines a los primeros homínidos en Atapuerca, esos *Homo antecessor* que vivieron hace aproximadamente ochocientos mil años, ¿qué imaginas? Seguramente, a hombres adultos, probablemente también alguna mujer (aunque me atrevería a asumir que en este retablo aparecen menos mujeres que hombres) y algún niño. A lo mejor incluso los imaginas parecidos a una familia nuclear como las de hoy: con el papá, la mamá y el hijo. Sin embargo, ¿hay ancianos? ¿Alguno cojea o tiene algún impedimento en el movimiento? A esos sujetos rara vez los imaginamos y, cuando los incluimos, es previa condición de que la CienciaTM nos lo haya demostrado mediante distintos análisis carísimos de hacer.

Voy a ponerte un ejemplo: las cuevas de Altamira, pintadas hace entre 36.000 y 13.000 años por otro *Homo* (pero no *-sexual*, sino *sapiens*). Las reconstrucciones de este yacimiento que podemos encontrar en un museo suelen centrarse en el momento de la pintura, con el artista cubriendo las paredes con bisontes y escenas complejas que aprovechaban la rugosidad de la caverna cual expertos en efectos visuales. Sería arte prehistórico, pero no era sencillo. Y en estas reconstrucciones los que pintaban siempre eran hombres, por supuesto. Un Miguel Ángel pintando la paleo-Capilla Sixtina. Cuando tenemos que imaginar la forma de organizarse de estos humanos, por lo que sea, el resultado se parece extrañamente a lo que nos resulta más familiar. Los hombres cazan, hacen herramientas o pintan, y las mujeres aparecen, si eso, cuidando de los niños.¹

1. Marga Sánchez Romero presenta de forma más extensa cómo representamos a las mujeres prehistóricas, sobre todo en nuestros museos y reconstrucciones. Sánchez Romero (2022), pp. 25-28.

Podríamos pensar que, cuando un artista hace una reconstrucción, tiene que tomar decisiones, y no podemos *saber a ciencia cierta* qué mano pintó los bisontes, así que qué más da. Pero estas decisiones importan para saber qué pasados somos capaces de imaginar y qué presentes tenemos en cuenta. En el tema del arte prehistórico tuvimos suerte, porque junto a estos animales aparecían otras pinturas que no eran más que huellas de manos pintadas. Distintos miembros del grupo untaban sus manos en pigmento o lo soplaban para dejar siluetas que durarían hasta hoy. Y a alguien se le ocurrió que podía determinar el sexo a través de las mediciones de esas manos y las huellas dactilares.² No fue hasta que se midió todo y se demostró que un gran porcentaje de las huellas dactilares de esas paredes eran femeninas que, por fin, se permitió a las mujeres aparecer en esas reconstrucciones históricas sin que lo llamasen inclusión forzada. Sorprendente: las mujeres pueden pintar. Solo hemos necesitado de la ciencia para saberlo.

Es decir, mientras unas presencias se *asumen*, otras se tienen que *demostrar*. La (pre)historia tiene un sujeto asumido, y ese tiende a ser hombre, cis y hetero. Y cuando hablamos del pasado más remoto, donde quedan tan pocos restos, esto significa asumir que no existieron otras opciones. Pero enunciar estas otras opciones, plantearlas, no significa inventarse nada. Significa jugar con esos silencios en función de la evidencia disponible para plantear un mapa de posibilidades más complejo que no hemos visto, o más bien no hemos querido ver, porque seguimos arrastrando los sesgos de los primeros prehistoriadores, señores de bien de finales del siglo xix y principios del xx.

Así que repito la pregunta: ¿no puede haber un maricón en Atapuerca? ¿Una bollera en Altamira? ¿Un neandertal intersex? Empecemos con el deseo. Multitud de animales mantienen relaciones entre miembros del mismo sexo. En contra de lo que algu-

2. Snow (2013), pp. 746-761.

nos fundamentalistas religiosos quieren denominar *lo natural*, el reino animal está lleno de relaciones sin fines reproductivos (por no hablar de especies hermafroditas o con reproducción asexual). Desde aves como los pingüinos, cuyos machos pueden llegar a formar parejas homosexuales a largo plazo, hasta algunas lagartijas, cuyas hembras tienen sexo entre ellas para estimular la ovulación.³ Quede todo el mundo tranquilo, no vamos a poner a los pingüinos en la carroza del Orgullo. Aquí me refiero a homosexualidad como actos sexuales y comportamientos observables. La homosexualidad en los animales se ha presentado en formas muy variadas: como una adaptación al medio, como un comportamiento recurrente o puntual o como una preferencia dentro de lo que podríamos llamar *bisexualidad*.

¿Podríamos asumir que a lo largo de la evolución humana se han dado relaciones parecidas? ¿Que entre tallar bifaz y tallar bifaz hubiera alguna miradita intensa entre dos australopitecas? Por supuesto, no tenemos poblaciones vivas de *Australopithecus* ni *Homo erectus* en las que estudiar el comportamiento. Sin embargo, uno de nuestros parientes más cercanos, el bonobo (*Pan paniscus*, si te gustan los latinajos), es conocido por su actividad sexual no reproductiva, tanto entre machos como entre hembras. Este sexo bisexual primate incluso juega un papel social,⁴ pues se llega a utilizar para la resolución de conflictos. De hecho, los humanos modernos compartimos algo particular con los bonobos, y es que, al contrario que otros mamíferos, las hembras no tienen periodos de celo, así que el sexo se da todo el año.

El estudio del comportamiento de los bonobos muestra

3. En el caso de los pingüinos, algunas parejas homosexuales incluso han criado polluelos de huevos abandonados, como ocurrió en el zoo de Nueva York. En el caso de las lagartijas, algunas especies están formadas exclusivamente por hembras que se reproducen de forma asexual, pero que en ciertas condiciones parecen «imitar» una reproducción sexual entre hembras. Treisman (2022); Cole y Townsend (1983), pp. 724-728.

4. Clay y De Waal (2015).

cómo para ellos el sexo es la principal forma de socialización. Y estos actos son, normalmente, no heterosexuales. La frotación genital entre hembras, el *cunnilingus* o la felación son prácticas sociales entre estos primates. Hemos tendido a ver a los chimpancés como nuestros primos más cercanos, pero ¿cómo sería la historia de la evolución humana si tomásemos como referencia a ese otro primo, que es igual de cercano? La arqueóloga Almudena Hernando argumenta que, si hemos descartado al bonobo, en gran parte es porque aceptar que tuvimos antepasados con este tipo de comportamientos sería todo un reto a esa manía nuestra de percibir el orden heterosexual como natural.⁵ Ya bastante *shock* fue cuando Darwin sugirió lo de la evolución y el mono, y que no nos creó un señor en el cielo a su imagen, como para imaginar a dos *Australopithecus* haciendo el delicioso sin otro fin que el de pasar un buen rato o demostrarse afecto.

No se trata de buscar una equiparación en los primates, ni mucho menos de justificar el comportamiento humano por el de los bonobos o los chimpancés, especies que guardan bastantes diferencias entre sí. Solo de resaltar que no sería un salto al vacío asumir que este deseo homoerótico que tan testado tenemos entre los *Homo sapiens* pudo manifestarse de distintas maneras a lo largo del árbol evolutivo, y que tenemos que dejar atrás esta noción de que el único objetivo de nuestros antepasados fue reproducirse. La rama evolutiva de los *Hominina* (que resultaría en los humanos) y la de los *Panina* (que resultaría en los chimpancés y bonobos) se separó hace unos 5-7 millones de años. Y aunque suene a mucho tiempo, esto nos hace primos no tan lejanos, cuyas secuencias de ADN comparables son idénticas en el 95 %.⁶ Sería sorprendente pensar que este deseo y estas formas de construir relaciones, tan presentes en otros animales cercanos y lejanos, se saltaron unas doscientas cuarenta mil generaciones, hasta llegar al

5. Hernando (2018), pp. 64-65.

6. Britten (2002).

humano moderno, en el que estas relaciones reaparecen por arte de magia.

Ahora, resuelta la pregunta retórica, tengo que confesar una cosa, y es que yo no quiero demostrar que hubo un maricón en Atapuerca. O más bien, me da igual. Ya he dicho que el objetivo de este libro no es poner etiquetas en el pasado, y mucho menos a un pasado con otras especies a las que no podemos acercarnos.

Como seres humanos, qué somos y sentimos sobre nosotros mismos o a quién deseamos es el resultado de vivencias que incluyen lo biológico, lo social, lo cultural y un larguísimo etcétera. Todo esfuerzo por usar etiquetas es un intento nuestro de dar sentido a un mundo demasiado complejo,⁷ dentro de los parámetros que permite nuestra socialización, y hasta cierto punto nuestra cultura. Así que sí, aplicar esos términos es anacrónico porque, aunque hubiera dos australopitecos haciendo cosas por detrás, la *homosexualidad* como categoría no es eterna y esencial, sino algo que surge en el siglo XIX (anda que no queda camino). Pero necesito hablar con términos de hoy para que nos entendamos y este libro sea legible. Aunque resulte difícil de creer, no tenemos ni idea de qué término usaron los primeros *Homo sapiens* para referirse a cualquier tipo de acto sexual, fuera con personas de su mismo sexo u otro. No, tampoco había australopitecos heterosexuales.

Así pues, aun cuando use términos modernos, pongo todos los asteriscos habidos y por haber para matizar que esta economía del lenguaje no significa hablar de cosas que son idénticas al presente. Asteriscos y matices, por cierto, que no se exigen cuando hablamos del pasado desde otros conceptos igual de identitarios, como puede ser *hombre*, *mujer*, *hetero*, *español* o *francés*. Hace unas décadas se creó la etiqueta *homoerotismo* para hablar de relaciones entre hombres o entre mujeres en contextos premodernos. Pero he rebuscado en varias bibliotecas y no he visto que a

7. Meloni González (2020).

mucha gente se le ocurra hablar de *heteroerotismo*,⁸ porque eso es lo «normal». Los términos y los matices son para los desviados, mientras que, como decía Sheila Jeffreys, la historia de la heterosexualidad no necesita *demostrar* el contacto genital.⁹ Todo libro sobre la sexualidad habla de erotismo o de sexualidad a secas, pero raro es el libro que habla de hombres con otros hombres y mujeres con otras mujeres que no incluya un capítulo o una aclaración previa sobre el peligro de extrapolar términos modernos al pasado. Así que siento estar cayendo yo también en esta autojustificación.

Por otro lado, usar estos términos es un posicionamiento político: si no hablo de maricones, de bolleras, de intersex, de trans, no se presentan, sino que vuelven a desvanecerse en ese éter del sujeto asumido del pasado. Del eco de la supuesta normalidad. Volvemos a tener solo hombres pintando Altamira y cazando bisontes. Y el resultado de eso es terrible, porque pasaríamos a pensar que la diversidad, la diferencia o la disidencia son inventos modernos.

En un mundo ideal, estos términos y etiquetas serían aceptados y respetados en su diversidad y sabríamos que toda identidad es el resultado de un proceso histórico. Pero no vivimos en un mundo ideal, y decir todo eso es una retahíla muy larga y con palabras muy rimbombantes, así que por el momento seguiré diciendo que hubo maricones en Atapuerca y observaré las reacciones con una sonrisa en los labios.

Hombres, mujeres...

En un episodio de la serie española *Aquí no hay quien viva*, el personaje de Lucía (la Pija) empieza un poderoso monólogo

8. González Gutiérrez (2023).

9. Jeffreys (1996), p. 35.

cuando se da cuenta de cómo los hombres del bloque de vecinos ven a las mujeres. Cuando ellos reconocen que se creen mejores que ellas en el deporte, como esos señores que creen que podrían ganar a Serena Williams al tenis, Lucía explota y los deja en evidencia, enumerando las dificultades a las que se enfrentan las mujeres en un mundo machista. Este monólogo empieza con una pregunta incrédula: «¿Qué es esto, una vuelta a la época de las cavernas?». Lamentablemente, Lucía se equivoca. El machismo no es algo de la época de las cavernas, o de la prehistoria, como ahora veremos. Tampoco la culpo por pensar así. Nuestras reconstrucciones de la prehistoria están llenas de estereotipos machistas, como bien explora Marga Sánchez-Romero en su *Prehistorias de mujeres*.

Este libro es una historia de la disidencia sexual y de género. Y si queremos hablar de desafíos al género hace cincuenta mil años, primero tendríamos que entender si existían roles de género en esa prehistoria remota.

Empecemos por lo fundamental. ¿A qué nos referimos con género? A riesgo de convertir esto en una tesis de miles de páginas, voy a hacer un resumen muy burdo: cuando nacemos se observan ciertas características de nuestros cuerpos (sexo) y, en función de ellas, recibimos una educación y socialización (género). Por ejemplo, en nuestra sociedad se observan los genitales y, si la niña tiene vulva, se le perforan las orejas y se le pinta el cuarto de rosa.

Pero esta relación no se produce en un único sentido, de lo biológico a lo cultural. Lo cultural también afecta a lo biológico. Esto es lo que la antropóloga Gayle Rubin llamó *sistema sexo-género*,¹⁰ porque, aunque solemos dividir lo cultural (el género) y lo biológico (el sexo), realmente no son algo tan separado, sino que se afectan mutuamente. El cuerpo se lee dentro de un contexto social e histórico y, por tanto, tiene muchas trazas de lo cultural. A su

10. Rubin (1975), pp. 157-210.

vez, nuestras ideas de género, nuestros estereotipos sobre lo que tienen que hacer niños y niñas, afectan al desarrollo del cuerpo y del cerebro. Cuando apuntamos a una niña a *ballet* o a un niño a fútbol, esto no solo afecta a las lesiones que puedan tener o a la musculatura que ejerciten, sino también al desarrollo de ciertas partes del cerebro relacionadas con el ritmo o la visión periférica.

Esto no quiere decir que lo biológico no importe o que todo sea, como dice la frase que más teme un sociólogo, un «constructo social». Pero solo entendemos la realidad biológica dentro de los parámetros que creamos para dar sentido a la enorme diversidad del cuerpo humano, a ese mundo complejo del que hablábamos. En este libro vamos a ver cómo, en un par de siglos, la ambigüedad genital se resignificó completamente, de una posibilidad a algo que debía encajarse en una de dos categorías o incluso operarse. E iremos viendo también cómo se han leído los cuerpos de formas que hoy nos parecen absolutamente ridículas, buscando razones genitales a problemas sexuales, como pueda ser que un clítoris desarrollado fuera la causa del lesbianismo.

Es decir, un mismo cuerpo puede tener interpretaciones muy distintas según la época que le toque vivir. Por ejemplo, los cromosomas, que hoy día dan tanto que hablar a quienes quieren negar las realidades trans, no eran conocidos hace más de ciento veinte años y, por tanto, la construcción del sexo se basaba sobre todo en rasgos externos (los genitales o el sexo gonadal). Sin embargo, los exámenes cromosómicos han acabado nombrando hombre a más de una mujer con genitales femeninos, como fue el caso de María José Martínez Patiño, una atleta española nacida con vulva y con cromosomas XY. Esto se debió a que nació con el síndrome de insensibilidad a los andrógenos o síndrome de Morris. La disparidad entre los cromosomas y las gónadas hizo que fuese descalificada y se le retirase su «certificado de feminidad». De haber nacido doscientos años antes, no se habría cuestionado el sexo de María José (y a raíz de este, su género) en ningún momento de su vida.

Entendido el género y su relación con los cuerpos, volvamos a la prehistoria.

¿Podemos entonces hablar de género en la prehistoria? Sí. Las pistas que tenemos acerca del entendimiento del género en el Paleolítico son limitadas, y en muchos casos han estado más influidas por nuestros propios sesgos que por ningún tipo de evidencia. Ideas como que debían ser los machos quienes cazaban y las hembras quienes se quedaban cerca del campamento para dedicarse a la recolección y al cuidado de la prole estaban fuertemente arraigadas en la forma de ver el mundo que tenían los primeros estudiosos de la prehistoria, allá por el siglo XIX. Adivinad su género y su clase social.

Así que, el tema de la caza, ¿era solo para hombres? El famoso simposio de 1966, titulado *Man the Hunter* ('hombre, el cazador', para los que no sepan inglés),¹¹ recogía una serie de estudios de sociedades de cazadores recolectores de la época para aproximarse a la caza durante el Paleolítico. Estos estudios recalcaban la importancia que la caza había tenido para la evolución humana y enfatizaban que era una actividad masculina en muchos de estos grupos.

Y hay varios problemas con este tipo de aproximaciones.

El primero es que este estudio daba una idea de las hembras de *Homo habilis* u *Homo erectus* como pacientes mujeres esperando el regreso de sus esposos, más parecida a las amas de casa de la televisión y del cine americano de los años cincuenta y sesenta que a una mujer de un grupo cazador recolector. Podría frivolizar con la idea de un macho de *Homo antecessor* volviendo a la cueva con el ñu colgando de un palo como si fuera el maletín de un hombre de negocios, recibido por una Doris Day con delantal de piel de gacela. Pero no hace falta que lo haga yo, basta con fijarse en la serie de dibujos *Los Picapiedra* (1960-1966) que, casualmente, fue emitida hasta el mismo año del simposio de

11. Lee y DeVore (eds.) (1968).

Man the Hunter. Los estereotipos de la sociedad en la que nos criamos han influido en los estereotipos que *asumimos* de otras épocas.

El segundo problema es que esta idea estereotipada reducía la recolección (y la crianza) a actividades de segundo grado, como si hubieran sido menos importantes en la evolución humana. Ya en los años ochenta, la antropóloga Frances Dahlberg devolvió el golpe con su estudio *Woman the Gatherer* ('mujer, la recolectora'),¹² donde enfatizaba la importancia que la recolección ha tenido y tiene en los grupos humanos de cazadores recolectores. Y desde los ochenta, la arqueología y la antropología feministas han ayudado a deshacernos de esos estereotipos de lo doméstico y del cuidado como secundarios, y nos han hecho pensar en estas actividades no solo como imprescindibles para la vida humana, sino también llenas de valores sociales y culturales que se transmiten y transforman. Recordemos que, sin esta (Pre)historia feminista, el libro que tienes entre manos no sería posible.

El tercer problema, y tal vez el más importante, tiene que ver con el método. Muchos prehistoriadores han recurrido a la etnografía para acercarse a la prehistoria y rellenar los huecos que nos deja el registro arqueológico. La etnografía es la disciplina que estudia sociedades ágrafas (es decir, sin escritura) vivas. Hay algunos problemas cuando comparamos grupos actuales con seres «primitivos», sobre todo si estamos hablando de especies anteriores al *Homo sapiens*.

El mayor de ellos es que parecemos asumir que esta gente vive congelada en el tiempo, como si fuera una ventana al pasado antes de la escritura, de la agricultura o incluso del iPhone. Asumir que los hadzas del Serengueti viven hoy igual que hace cien o quinientos años es asumir que el cambio es algo exclusivo de la modernidad. Esto incluso lo llevamos a nuestra forma de ver la prehistoria, en la que la escala de tiempo no es de décadas

12. Dahlberg (1981).

ni de siglos, sino de miles de años, algo tal vez inevitable cuando nuestra única evidencia es un fragmento de cráneo de hace ochocientos mil años y un diente de hace setecientos cincuenta mil. ¿Qué pasó en esos cincuenta mil años? Ah. Por cotillas que seamos, no tenemos un visillo al pasado, así que tendremos que conformarnos con no saber.

Pero más importante que todo este debate metodológico es que no encontramos una sola respuesta. Los grupos de cazadores recolectores que estudian los antropólogos tienen una diversidad enorme en muchísimos aspectos, desde cómo organizan sus tareas hasta las relaciones dentro del grupo. Si nos fijamos, por ejemplo, en la violencia, encontramos grupos más agresivos y otros pacíficos.¹³ Decir que en un «estado primitivo» éramos naturalmente buenos o violentos sería un debate estúpido que solo podrían hacer filósofos franceses de la Ilustración.

Y si nos planteamos algo como «¿los hombres cazan y las mujeres recolectan?», encontramos la misma riqueza. Más allá de qué tarea es más importante, vemos que asumir estereotipos como el del «hombre cazador» y la «mujer recolectora» nos limitan más de lo que nos aportan. Es cierto que en algunos grupos sí hay una división estricta de las tareas en la que solo los hombres cazan,¹⁴ pero en otros encontramos mujeres participando en la caza junto con los hombres. En otras comunidades, las partidas de caza pueden ser exclusivamente femeninas.¹⁵ Y, por supuesto, encontramos grupos en los que los roles parecen ser más flexibles, con hombres participando en esa recolección «femenina».¹⁶ De

13. Widerquist y McCall (2017), pp. 143-144.

14. Un ejemplo son los tlingits de la costa pacífica canadiense. Marlowe (2007), pp. 170-195.

15. Así, los matsés del Amazonas o los sans del Kalahari organizan partidas de caza mixtas, mientras que los agtas de Filipinas tienen partidas de caza exclusivamente femeninas.

16. Algunos ejemplos son los mardus australianos o los g/wi del Kalahari. Jochim (1988), p. 131.

hecho, por lo general, en muchos grupos de cazadores recolectores, aunque hay un reparto de tareas entre sexos, parece haber bastante flexibilidad en algunas tareas como la caza.¹⁷ Sorprendente que la gente se adapte al medio, vaya. Así que, aunque la etnografía es una excelente herramienta, todo uso que hagamos de ella tiene que ser cuidadoso. No nos da certezas, lo que nos dice es que hay una enorme diversidad en las formas de organizarnos como grupos.

Entonces, aclarado todo esto, ¿podemos decir que existían roles de género en el Paleolítico? Seguramente sí, si como tales entendemos los estereotipos, las obligaciones y las asunciones en los que se encuadra a hombres, mujeres y otros dentro del grupo, normalmente debido a su corporalidad. Podríamos hasta aventurar que otros homínidos tuvieron roles de género antes de los *Homo sapiens*. De hecho, algunos primatólogos han estudiado cómo incluso entre los bonobos y los chimpancés, nuestros primos no tan lejanos, existen distintas relaciones de género. Por ejemplo, las chimpancés aprenden a «pescar» termitas utilizando ramas, una técnica que se transmite de madre a hija. Sin embargo, a los hijos, que pasan también esa etapa del desarrollo con sus madres, no se les enseña.¹⁸ La técnica para conseguir alimento no tiene de por sí nada de biológico, un chimpancé macho podría aprender a pescar termitas si le enseñasen, por lo que podríamos hablar de género entre otros primates.

Sin embargo, y esto es muy importante, hablar de roles de género en la prehistoria no significa decir que hubiera una desigualdad basada en estos o que estos roles de género fueran estrictos. Frente a las acusaciones de Lucía en su monólogo en *Desengaño 21*, no hay motivos para ver el género necesariamente como una relación de poder¹⁹ durante el Paleolítico, aunque definitiva-

17. Anderson, Chilczuk, Nelson, Ruther y Wall-Scheffler (2023).

18. De Waal (2022).

19. Scott (1986).

mente tenía el potencial para ello. De nuevo, si buscamos en la etnografía, vemos bandas de cazadores recolectores cuya división de tareas no da pie a ningún tipo de desigualdad, y otras en las que sí hay una diferencia de rango entre hombres y mujeres.²⁰ En la prehistoria ibérica podríamos acercarnos a ver la desigualdad de género si nos fijamos en los enterramientos, pero solo empezamos a encontrar verdaderas tumbas hacia el final del Paleolítico. Y aun así estos enterramientos estarán bastante vacíos hasta el Mesolítico (10000-8000 a. C.), cuando ya empezamos a encontrar objetos junto a los muertos. Objetos que, junto con los huesos, nos dicen la posición social del difunto. Y aquí vemos cómo, aunque sí había reparto de tareas, este nunca es tan tajante como para hablar de una división estricta y binaria.²¹ Parece haber bastante flexibilidad en las tareas masculinas y femeninas. Y tampoco vemos que a unos se los entierre de forma más rica que a otros, ni de formas distintas, o que tengan una alimentación diferente en función de su sexo. Así que la «época de las cavernas» que temía Lucía seguramente no era tan machista.

Ahora que hemos determinado que sí podemos hablar de género en el Paleolítico, ¿podemos hablar de disidencia de género? De nuevo, seguramente sí.

... y aquellos que yacen entre medias

Un momento, un momento..., si hablamos de género en el Paleolítico, ¿estamos hablando solo de hombres y de mujeres? Pues no necesariamente. Antes he dicho que, al nacer, en función de nuestro sexo observable (principalmente los genitales) se nos asigna un género. Esto es *muy* matizable y se basa en un sistema concreto (el que conocemos hoy día). Sin embargo, en otras sociedades sabe-

20. Villalobos García (2022), pp. 69-70.

21. Cintas Peña (2018), pp. 222-225.

mos de configuraciones no binarias del género. Dicho simplemente: que existen tres o más categorías de género. Dejo un segundito para tomar aire por si hay alguien ahí que quiera gritarle a este libro.

¿Ya? Bien, pues para quienes no creen en esto de sociedades con géneros que van más allá de lo binario, la etnografía nos da algunos ejemplos brillantes. Toma aire otra vez, que vienen muchos nombres. Por ejemplo, en Norteamérica, los navajos tienen el grupo de las *nádlee* ('aquella que cambia'), y los aleutas, a los *tayagigux*' y las *ayagigux*'. Estos términos se refieren a personas que fueron asignadas a un género al nacer, pero en algún punto de su vida se transformaron en otro. Entre los zunis de la zona de Nuevo México, los/las *lhamana* son personas con sexo genital masculino, pero que adoptan roles y atuendos tradicionalmente femeninos y que en distintos puntos de su vida ocupan roles masculinos y femeninos. Todos estos términos que designan a terceros o cuartos géneros entre las sociedades nativoamericanas hoy día se suelen agrupar bajo el término paraguas *dos espíritus*, aunque realmente se refieren a formas muy distintas de entender el género en cada uno de estos grupos. Si nos vamos a otras partes del mundo, tenemos les *hijra* de la India, una identidad reconocida como no enteramente mujer ni enteramente hombre, que aparece mencionada ya en la epopeya hindú *Mahabharata*, y que hoy es reconocida como un tercer género. Entre los chukchis de Siberia se han reconocido hasta siete categorías de género entre las que un individuo puede moverse a lo largo de su vida.²²

Por otro lado, tampoco hay solo dos tipos de cuerpo, ni siquiera de genitales. Hay quienes nacen con genitales ambiguos, hay quienes nacen con pene y vulva, y hay quienes nacen con vulva, pero en la pubertad, ante la llegada de las hormonas, desarrollan un pene. Y, por supuesto, hay muchas más formas de

22. Pate (2004), pp. 71-93.

intersexualidad que a veces no son ni siquiera percibidas hasta la vida adulta. Y habrá quien diga: «¡Todo esto son anomalías! ¡Casos excepcionales!». Pero, en muchas sociedades, a todas estas formas de cuerpos tan diversos que no encajaban en una u otra categoría se las ha metido en distintos grupos. Tan excepcionales no serían si tienes que crear una categoría adicional, algo que podemos ver incluso hoy en día. En partes de la República Dominicana, por ejemplo, las personas que nacían con vulva y, durante la adolescencia, desarrollaban un pene y testículos eran tan frecuentes que se creó un término para ellos: los *güevedoce*²³ (o ‘huevos a los doce’).

Por lo tanto, no hay razón alguna para *asumir* que toda sociedad del pasado tenía dos géneros basados en dos sexos. Al fin y al cabo, las dicotomías son muy limitantes, y ya bastante limitante era vivir en la prehistoria, que no tenían ni wifi.

De hecho, no hay ni siquiera razones para pensar que la no conformidad con el género asignado (o lo que se llegó a llamar *disforia de género*) sea algo exclusivo del *Homo sapiens*. Igual que he hablado de leones o pingüinos con vínculos sexoafectivos entre miembros del mismo sexo, encontramos animales que no se comportan de acuerdo a la norma que observamos en su sexo. El primatólogo Frans de Waal observó cómo Donna, una chimpancé hembra del Observatorio Yerkes, empezó a comportarse como otros machos de la especie, y no como sus hermanas y otras hembras. Esto incluso se manifestó en su cuerpo, que era más peludo que el de otras hembras, algo que le permitía erizar el pelo para mostrarse más grande y poder alardear. Esta actitud solo se observa en chimpancés machos, y el primatólogo llegó a decir que «uno juraría que estaba viendo a un macho».²⁴ Vamos, que Donna era un chimpancé con *passing*. Algo parecido se ha observado

23. Esto se debe a la deficiencia de la enzima 5-alfa reductasa, que ayuda a metabolizar la testosterona.

24. De Waal (2022).

en leones, ya que algunas hembras desarrollan melena y empiezan a adoptar algunos comportamientos que son típicos únicamente en los machos, como el marcaje, los rugidos o..., sí, también montar a otras leonas.²⁵ De nuevo, sería ridículo asumir que un comportamiento que vemos en otros animales, cercanos y lejanos, se saltó unas doscientas cuarenta mil generaciones hasta reaparecer en el humano moderno.

No es mi intención buscar comparaciones con animales y ponerme a cantar *El ciclo sin fin* o justificar la vida y experiencias de personas aludiendo a una idea de *lo natural*, como si esa idea de *lo natural* fuese algo evidente que nos precede. La definición que tenemos de *lo natural* ha cambiado continuamente, y se ha utilizado precisamente para llamar *antinatural* a lo que se saliese de ese marco y poder perseguirlo. Al contrario, lo que quiero demostrar es que, como ya he dicho, lo biológico y lo cultural no están tan separados como pensamos. No es que lo uno sea lo real y lo otro una capa que le ponemos encima, sino que ambos se coconstruyen. Tenemos distintas expresiones físicas e impulsos (de deseo, de socialización, de pertenencia) que ordenamos y a los que damos sentido en categorías.

Por supuesto, Donna, el chimpancé, no es *trans*, pero es una demostración de que lo normal (que no es más que lo común) no abarca todo. Cuando se impone, cuando convertimos lo *normal* en la *norma* (lo que hace quitar una letra), vamos a encontrar individuos que desafían dicha norma. No necesariamente por afán de desafiarla y ser revolucionarios, sino porque esas categorías no los abarcan, y encuentran otras que explican mejor su mundo y sus experiencias.

Dicho esto, ¿no puede haber una travesti en Atapuerca? ¿Podemos hablar de disidencia de género en el Paleolítico? De nuevo, sí y no. No hay razones para pensar que estos grupos pensaban en el género como algo binario, pero no tenemos ningún resto mate-

25. Gilfillan, McNutt, Vitale, De Jongh y Golabek (2017), pp. 383-385.

rial de cómo se organizaban. Y si no sabemos cómo se organizaban, no podemos entender esa disidencia.

Imagina que los *Homo sapiens* que vivieron en Atapuerca hace unos treinta mil años tuvieran cuatro categorías para el género similares a los aleutas de Norteamérica: hombre, mujer, quien se transforma en hombre y quien se transforma en mujer. Podemos seguir las comparativas etnográficas, aunque con cautela: recordemos que estamos comparando dos grupos de cazadores recolectores separados por treinta mil años y miles de kilómetros. Si seguimos este ejercicio de imaginación, podríamos pensar que, en algún punto de la crianza, las personas que afirmasen no sentirse a gusto con el género que se les asignó al nacer (hombre o mujer) podrían transformarse socialmente en otra de esas categorías. Para entendernos: transicionar. Pero debemos tener en cuenta que estas cuatro categorías harían que «quien se transforma en mujer» no fuese disidente. Al fin y al cabo, su propio grupo reconocería y validaría esa diferencia de una forma mucho más flexible que tener una letra u otra en el DNI. Sus experiencias serían una muestra de diversidad para nosotros, porque estamos mirando desde nuestra perspectiva y nuestra norma, en las que el género es binario, e invalidamos lo que se escape del binarismo. Pero para ellos eso sería tan normal como respirar, aunque no fuera lo más frecuente. Es decir, sería diferente, pero no disidente, ya que existe una norma que les reconoce y valora.

Por otro lado, hecha la norma, hecha la trampa. Es enteramente posible que algunos miembros del grupo no se sintieran cómodos con las categorías y etiquetas a las que podían acceder, y los estereotipos y las expectativas que conllevaban. Puede que, incluso en una norma más diversa y flexible, fuesen algo rebeldes, pero eso no podemos saberlo. Es cierto que, cuanto más restrictiva sea la norma, más hueco habrá para que surjan sujetos disidentes, ahogados por la normatividad más estricta y binaria.

Antes de terminar de deshacer el embrollo del género y la disidencia en la prehistoria, tenemos que hacer una última distinción

entre expresión e identidad. Adoptar los códigos de otro género, como puede ser vestir o llevar a cabo roles y tareas que socialmente se asignan a otro género (lo que llamamos *expresión de género*), puede venir acompañado de una resignificación social, de que la gente llame a esa persona *marimacho*, *afeminado* o similares, sin que esa persona quiera afirmarse como algo distinto a lo que se le asignó al nacer (lo que llamamos *identidad de género*). Piensa en el hombre con pluma que tiene muy claro que es un hombre, por mucho que le llamen *mariquita*, o la chica que juega con los chicos al fútbol en el patio del colegio y a la que los adultos llaman *marimacho*, aunque ella tiene muy claro que es una niña. Cómo se lee su expresión no tiene por qué corresponderse con una identidad. Enrique Moral de Eusebio, historiador y amigo, pone un ejemplo para entender esta diferencia entre expresión e identidad de género que me parece brillante: piensa en Falete, un artista con una expresión de género muy femenina y a quien muchos periodistas y admiradores han encasillado en lo femenino, aventurando que podía ser una mujer trans o una persona no binaria. Sin embargo, él ha reafirmado una y otra vez que se considera un hombre. Su identidad se corresponde con la que se le asignó al nacer, pero su disidencia nace de cómo se expresa, de una pluma excesiva y sin miedo.

Lamentablemente, el rico mundo del género en el Paleolítico, sobre todo cuando queremos distinguir disidencia y diferencia, o expresión e identidad, es bastante inaccesible más allá de la riqueza que nos presenta la etnografía. Una pena, ya que recordemos que este es el periodo más largo de la existencia humana. Los restos más antiguos de *Homo sapiens* en la península ibérica son de una mandíbula encontrada en Banyoles (Girona), con una datación aproximada de 66.000-45.000 años antes del presente,²⁶ ¡ahí es nada! Bastante más que lo que nos separa de las pirámides (unos 5.000 años), y anda que no ha cambiado la cosa. Esos 40.000-60.000 años antes de la llegada de la agricultura y la ganadería a

26. Keeling, Quam, Martínez, Arsuaga y Maroto (2023).

la península dan para muchas sociedades y muchísimos grupos. Ya hemos comentado cómo, en el Mesolítico, vemos esqueletos femeninos y masculinos con heridas y marcas de actividad similares, que muestran una flexibilidad en las tareas y roles que tuvieron en vida. No tenemos evidencias para leer esta flexibilidad del género como la existencia de terceros grupos o identidades que podríamos llamar trans. Pero, aunque no sabemos con qué categorías se expresaba la diversidad en estos primeros humanos, sabemos lo suficiente de la especie humana para asumir que hubo *Homo sapiens* cuyas prácticas, expresiones y sentires no se correspondían con lo que habitualmente se asignaría a su sexo. Si estas diferencias estaban reconocidas bajo terceras o cuartas categorías, o si estaban relegadas a los márgenes..., eso es algo que debemos dejar a la incertidumbre, por mucho que nos guste Radio Patio y por cotillas que seamos.